



Diez recuerdos que no lo son



Escrito por Pablo Bullejos

Diez recuerdos que no lo son

Me gustaría que las siguientes palabras contaran momentos seleccionados de mi vida, pero me temo que no será así. Hay dos cosas que deben matizarse: “seleccionados” y “mi vida”. El proceso de selección que ha hecho mi memoria no se basa en ninguna norma especial, por lo que no voy a contar mis mejores recuerdos, ni los momentos escogidos para conocer mejor mi personalidad. Son sencillamente las diez primeras historias que he recordado. Puesto que no creo que el tiempo sea algo lineal, tampoco mis recuerdos estarán ordenados cronológicamente. Aparecen aquí tal y como vinieron a mi cabeza hace unos minutos.

Y en cuanto a lo de que estos recuerdos sean estrictamente de mi vida, me veo obligado a avisar que los humanos mentimos, que los escritores más, y que pensar que la memoria no engaña es demasiado ingenuo.

1. No se cuántos años tenía, pero creo que de 9 a 12. Estaba en casa de M., al que veía cada vez más a menudo. Pasaba las tardes en su casa, jugando al ordenador, bañándome en la piscina, lanzándonos globos llenos de agua o aparentando una guerra con pistolas de plástico, escondidos en las miles de arterias que tenía su urbanización. Esperando para atacar a mi amigo, podía oler la flor de Diente de León, que estaba por todas partes (en realidad, aquellas flores eran Madreselvas, aunque yo siempre había creído, no sé por qué, que eran Dientes de León, hasta que hace poco mi padre me dijo la verdad). Me gustaba coger el fino hilo que surgía de la flor y sorber la gotita dulce del néctar que brotaba. Aún lo hago cuando puedo. Aquellos fueron unos momentos llenos de diversión y todavía no sabía lo que era preocuparse.
2. Estaba en Egipto con A., subido a un barco que recorría el Nilo. Habíamos atracado en el puerto de la ciudad de Asuán. Nos fuimos a dar un paseo con un par de viajeros más. Un hombre se ofreció para llevarnos en su coche de caballos. Nos cobraba una miseria por ir adonde quisiéramos, pero no recuerdo cuál fue el destino que elegimos. Comenzó a adentrarnos en las calles de la misteriosa ciudad, tarde en la noche, y empezamos a tener miedo de no saber volver al barco. Al final, se paró y nos dijo que habíamos llegado. Nos había llevado a la tienda de un amigo suyo y quería que le compráramos baratijas. Engañados y sin la menor idea de dónde estábamos, no aceptamos comprar nada y le dijimos que nos llevara de vuelta, pero se enfadó y nos abandonó. No había nadie a la vista. Así que nos pusimos a andar. Y, por supuesto, nos perdimos más. Entonces comenzó la felicidad. Eso era una aventura y no lo que hasta ahora habíamos estado haciendo. A. y yo estábamos pletóricos. Justo entonces, nos encontramos con unas mesas llenas de hombres fumando en narguile y bebiendo té con menta. No había ningún turista cerca, y por las caras de los egipcios que nos miraban no creo que muchos extranjeros hubieran pasado por allí nunca. Nos sentamos, fumamos tabaco con sabor a manzana y bebimos varias tazas de té. El humo comenzó a disolver la realidad, y nuestros ojos se llenaron de lágrimas felices. A partir de ese momento, mis recuerdos ya no importan.
3. Había salido con mi hermano y mi hermana a comprar algo. Ya estábamos de vuelta y al llegar al portal de mi casa nos esperaban unos niños, más pequeños que yo, pero mayores en número. Empezaron a provocar a mi hermano y yo, sin valentía pero enfadado, me interpose diciendo que se largaran. Entonces me llevé el primer

puñetazo, junto a la oreja. Mi reacción fue golpear hacia delante, sin mirar. Dije a mis hermanos que corrieran a casa y empecé a mover los puños furioso. Me llevé varios golpes más, en la barriga y en la cabeza, y después corrí también. Subía las escaleras llorando. Cuando llegamos a casa, no pudimos ocultar nada a nuestros padres. Dos de los atacantes estaban en mi colegio, así que pudimos delatarlos. Al día siguiente, me llevaron a una clase y me encontré con los dos niños junto a dos profesores. Me preguntaron si habían sido ellos los que nos pegaron. Dije que sí, y ellos empezaron a gritar diciendo que yo también les había pegado y que le había hecho sangre a uno. Ese dato, que no supe hasta ese momento, me hizo sentir increíblemente orgulloso y no pude reprimir mi sonrisa. Los profesores masacraron a los violentos gritándoles con furia y les advirtieron que si volvían a acercarse a mí o volvían a ser acusados por una pelea, podían darse por muertos. Mi sonrisa ya no se fue de mi cara hasta días después, cuando me los crucé en una calle. Los dos me miraron muy enfadados. Pensé que volverían a atacarme, pero de algún lugar de ahí dentro me surgió una escandalosa carcajada y los dos enanos agacharon la cabeza y se fueron lejos. Incluso ahora al recordarlo me siento lleno de energía.

4. Comienza con la boca haciendo ruidos. Luego, yo inserto, en el ritmo que él ha creado, nuevos golpes, realizados con mis manos en la mesa. Comienza a un volumen muy bajo, casi en silencio. Y va subiendo, hasta que la profesora se da cuenta y nos dice que salgamos de clase. Y ahí termina, aunque, por supuesto, no nos íbamos nunca, porque éramos más fuertes que ella. Nos daba clases de griego. Y era una pobre mujer que no sabía controlar a sus alumnos. Éramos crueles y provocativos, pero sentíamos pena por ella, que no conseguía hacer que nos interesaran las clases. A veces, tristes, le pedíamos perdón y le decíamos que nos encantaba estudiar, pero que ese día estábamos muy cansados. Ella lo aceptaba y nos dejaba salir antes. Los alumnos de hoy insultan y escupen a sus maestros sin sentir remordimientos y se van de la clase sin preguntar. Nosotros sólo nos aburríamos, y no era nuestra culpa que ella fuera una mala y una débil maestra. Ya por entonces creíamos en la voluntad de poder y buscábamos provocarla para que ella sacara fuerzas y se impusiera. Pero nunca lo hizo. No se dónde estará ahora, seguramente retirada por culpa de los nuevos planes que han eliminado su asignatura.
5. El capitán Garfio, dragones y mazmorras, el secreto de la pirámide, misterios orientales... Unos niños sentados en una esquina del patio de recreo. Nadie suele pasar por allí. Los demás juegan a la pelota en la “zona de peligro”, y las niñas saltan a la comba o se juntan en corros para hablar con vocecitas de pájaro. Desde nuestra esquina, nada más existía. Nadie nos podía ver, nadie podía interrumpirnos. Allí, uno de nosotros inventaba historias y los otros interpretaban sus papeles para que la aventura fluyera. Siempre nos habían dado miedo esos balones duros como piedras que te golpeaban en la cara en las clases de educación física. Así que, los que más tarde seríamos adolescentes llenos de espinillas y acabaríamos bautizados como los “Squareheads” (cabezas cuadradas), nos dedicábamos a jugar con nuestra imaginación, sentados en un tranco sucio, sujetando papeles llenos de leyendas y de héroes. El mundo real ya se reía de nosotros, pero no nos dábamos cuenta, porque no pertenecíamos a él.
6. En un lugar al que sería imposible llegar sin coche, rodeada de olivos congelados, había una casa gigantesca. Era el cortijo de mi amigo P. Únicamente unos días al

año la casa tenía habitantes: los abuelos de P., sus padres, sus amigos campestres, y los dos únicos niños, P. y yo. (Algo en mi memoria me dice que había más niños, mayores que nosotros, pero no estoy seguro). Nada más entrar, la abuela iba a encender la chimenea, y con algunas ascuas, o con carbón, no lo recuerdo, encendía los braseros de las dos mesas camilla. Una para los mayores y otra para nosotros. En la mesa de los mayores había litros de anís, cuencos de palomitas (aquí siempre las llamamos “rosetas”), y una baraja de cartas. En nuestra zona, un juego de mesa del Capitán Trueno y el mismo tarro lleno de rosetas. La calidez que nos abrazaba desde la chimenea y bajo la mesa es una de las sensaciones más agradables de mi vida.

Recuerdo un amigo de los padres de P., vestido como un típico cazador de patos, con las mejillas siempre coloradas. Siempre estaba riendo y haciendo reír. Lo llamábamos “el tirantes”, porque usaba tirantes para sujetarse los pantalones.

Aquella noche, cuando nos fuimos a la cama, P. y yo pasamos horas y horas hablando, arropados por muchas mantas de suave lana.

7. Estamos en unas instalaciones deportivas. El profesor y yo, que soy su ayudante, frente a un chico y dos chicas. Es de noche. Damos clase a los pocos interesados que han acudido a un curso gratuito de iniciación a la dirección de cine. Fuera hay una fiesta, así que los alumnos deciden dejar a un lado el cine y asomarse. Nosotros vamos detrás. En mi recuerdo hay fuego, mujeres con antorchas que queman ropa interior, globos estallando, muchos personajes con vestidos grotescos, caras pintadas de colores sombríos, y el estruendo de los cohetes explosivos. Una de las chicas del curso no deja de mirarme.

Más tarde estábamos tomando algo en un bar. Ella se acercó a hablar conmigo. Recuerdo que no me cayó mal, pero su cara no me gustaba. Así que decidí irme, pero alguien del grupo me pidió que nos intercambiáramos teléfonos. Cuando le tocó el turno a ella, como no recordaba su nombre, me dijo que podía llamarla La Maga. Yo sonreí, y le pregunté si era por *Rayuela* de Julio Cortázar. Ella se puso a saltar de felicidad, y me contagió. Esos días yo estaba leyendo la novela por primera vez y estaba enamorado, como supongo que se enamora todo el mundo, del personaje de La Maga. En ese momento supe que ella era una persona especial y diferente. Le dije que a mí podía llamarme Morfeo. En lugar de irme, me quedé un rato hablando sólo con ella, y comencé a adentrarme en su mundo, mientras ella se paseaba sin miedo por el mío.

Nos volvimos a ver dos días después, y la conversación se alargó hasta muy tarde en la noche, sentados los dos en el suelo de su casa, fumando cigarrillos indios y bebiendo mate...

8. El pueblo en la montaña. Caminos de piedra sin orden nos llevan a casas blancas con puertas de madera. A. y yo hemos pasado la tarde y parte de la noche conversando con nuevos amigos. Entre las palabras, los vasos se van llenando de vino dulce que hemos comprado en la tienda del pueblo. Cuando los demás se van a dormir, él y yo nos quedamos solos con la botella, que aún conserva una cantidad razonable.

En nuestro vagar, riéndonos del Destino, y ofreciendo nuestras almas a la Belleza, acabamos sentados en una cuesta desde la que se puede ver todo el firmamento. Nuestras frases se convierten en abrazos de amistad y en promesas para llevar a cabo nuestros sueños. Sintiéndonos a la altura de las estrellas lanzamos nuestros futuros al abismo y desplegamos las alas de la locura. Volamos durante toda la noche, cada vez más hacia arriba, hasta que brillamos tanto como el sol. Lo último

que ven nuestros ojos es un cartel sobre el portal de la casa en el que estamos sentados: “Alegría”.

9. Cuando P. y yo nos juntábamos en la misma habitación, la noche se convertía en una tertulia que no tenía fin. Aquella vez, los dos temas que recuerdo tuvieron un drástico desenlace. Fueron:

- a) *¿Nunca has sentido el deseo de estar en el desierto, sin nadie que pueda escucharte en kilómetros a la redonda, y gritar con todas tus fuerzas hasta que todo lo que el mundo te obliga a reprimir día tras día sea liberado? ¿Imaginas cuánto duraría ese grito?*
- b) *Los gatos son unos animales llenos de misterio. Dan miedo porque parecen más inteligentes que tú, y poseen una capacidad estética que ningún otro animal tiene. La silueta de un gato en la noche es una obra de arte, ¿no crees?*

Estábamos imaginando la figura del gato cuando los dos temas se hicieron uno: un gato maulló en la distancia como si estuviera liberando toda su animalidad, como si viviera solo en el mundo y no le importara el terror que podía provocar. El grito duró mucho. Más de lo que pensábamos que era posible. P. y yo nos levantamos de un salto y cerramos la ventana, congelados, mirando nuestros ojos llenos de miedo. Fuimos corriendo a las camas, nos tapamos hasta la boca y estuvimos en silencio hasta dormirnos.

Aquella noche, en nuestros sueños, un gato gigantesco vino a devorarnos.

10. Mi décimo recuerdo es la letra M. Cuatro personas que habíamos encontrado nombres que empezaban por M: Morfeo, Maga, Mi paredro y Momo. La única vez que estuvimos los cuatro juntos fue en el Mar. Sabiendo que las coincidencias son un invento barato para encubrir la verdad, sentimos la obligación de no olvidarnos de ese momento. Así que hicimos Magia. Cada uno de nosotros escribió algo en un único papel, algo que fuese muy personal, que incluyera de la mejor manera posible aquello que creíamos ser, que invocara nuestros más intensos deseos. Aquel papel se llenó de palabras y de dibujos, de letras ilegibles y de caligrafías perfectas. Y lo metimos en una preciosa botella de cristal que uno de nosotros había guardado. Incluso la tapamos con un corcho de madera. El hechizo se completaría cuando la botella fuese devorada por el Mar.

Al día siguiente, las dos chicas ya no estaban con nosotros, sólo Mi paredro y yo. Como sospechábamos que no sería fácil volver a verlas, decidimos realizar sin ellas el resto del trabajo. Con una barca improvisada y un remo de plástico, avanzamos entre las olas. El Mar nos estaba esperando, ansioso, con su boca abierta y espumosa. Ya casi no veíamos la costa, y no dejábamos de reír a carcajadas. Mi paredro y yo cogimos con las dos manos la botella, rugiendo como piratas al abordaje, y la lanzamos con un grito de satisfacción lo más lejos que pudimos.

Sentados en la balsa medio desinflada, miramos sonrientes a nuestro hechizo, que se abría camino a través del océano, en busca del lugar donde siempre se cumplen los sueños...

La memoria está llena de acontecimientos y de personas que nunca han existido. Es difícil explicar esto únicamente con palabras. Las diferencias entre los hechos reales y los hechos inventados o soñados, entre las verdades y las mentiras, no son tantas como a veces creemos. Si, como yo quiero creer, el mundo real es algo más que los sucesos palpables, todos esos universos que conocemos al cerrar los ojos también pertenecen a

la realidad, y todas las historias que los escritores contamos existen de la misma forma que el agua que bebemos en las comidas. Por eso, cuando vivir es únicamente levantarse cada mañana y existir durante todo el día hasta que llega el sueño, las vidas a veces parecen demasiado cortas. Pero cuando tienes la libertad, y también a veces la carga, de vivir tantas posibilidades como tu imaginación te permite, cada segundo de tu existencia puede abarcar cientos de miles de acontecimientos y de recuerdos que alguna gente puede considerar “falsos”.

No voy a intentar convencer a nadie. Sólo quería comprobar que, recordando y narrando algunas de mis “aventuras”, me daría cuenta de que el pasado (el mío, el de los demás, y el concepto mismo de Pasado), ha sido siempre un invento de la fantasía, y que gracias a ella yo he existido.